

Jorge Muñoz R.

## En torno al problema de la historia de la filosofía



UNA de las manifestaciones del espíritu moderno, caracterizado por un afán de querer ver más claramente las cosas, ha sido la variedad de intentos de rectificación de los métodos que se emplean habitualmente para la historia de la filosofía.

Desde hace tiempo el hombre ha comprendido que la solución al problema ¿qué es el ser?, no es única y definitiva: que todas las respuestas dadas no corresponden a la «verdad última», sino que son meros *símbolos* en los que se expresa un alma de especial estructura.

A este no aceptar la verdad propuesta sino como un símbolo, se le ha llamado desdeñosamente—por los adoradores de la Razón—escepticismo. El nombre más adecuado para distinguir este modo de ver las cosas es *perspectivismo* (la verdad varía según el ángulo y la sensibilidad interna desde la cual se miden las cosas). Al expresar que toda verdad no es si no un «símbolo», no se presenta negar la existencia de una verdad universal, única y singular, sino que tan sólo se refiere la formulación de la verdad—cosa muy distinta de la verdad real—a determinadas circunstancias históricas dentro de las cuales, y sólo dentro de las cuales, dicha formulación tendría vigencia, apareciendo con el carácter de verdad real, siendo susceptible de

ser reemplazada por otra «verdad» cuando surja otro espíritu de distinta estructura a aquel que hizo la primera formulación. Por esto la llamada «verdad» varía con las épocas y con los ambientes. Y así, por ejemplo, la verdad de geocentrismo—creación del alma antigua—hubo de ser reemplazada por el heliocentrismo—creación netamente occidental.

Este modo de ver las cosas tiene hondas raíces en nuestra vida actual. Las ciencias han llegado a un grado extremo de complejidad y de indecisión frente a las respuestas dadas a sus propios problemas. Y así la modalidad actual de las ciencias, con sus múltiples rectificaciones y minuciosas precisiones, podría simbolizarse en esta absurda historieta, con que *Eddington* termina su libro, «*La Expansión del Universo*».

«Tuve una visión bien rara. Tuve un sueño que rebalsa las facultades del hombre el decirlo; el hombre es un burro si intenta interpretar este sueño... Me parecía que era yo, y me parecía que había...; pero el hombre es un tonto cabal si se ofrece a decir lo que me había parecido...».

Así la ciencia actual ha llegado a dudar de sí misma. Arribada a cierto plano de progreso ha visto vacilar sus cimientos y ha sentido la necesidad de reemplazarlos. Citemos un solo ejemplo bastante sugestivo: El concepto de casualidad ha perdido su universal evidencia, resultando tan solo una ley estadística. Esta actitud tornadiza de la ciencia actual proviene de circunstancias psicológicas y sociológicas que un espíritu lo suficientemente penetrante puede descubrir. No consiste ello en que estas circunstancias hayan determinado esta indecisión, sino que aquéllas llevan a éste aneja, así como la lluvia lleva consigo al nublado.

Uno de los errores más graves en que se puede incurrir al hacer la historia de la filosofía—y en el cual se cae frecuentemente—es suponer que el hombre ha enfrenado siempre los problemas con la «razón», y que ésta ha sido siempre igual y constante en el curso de los tiempos. Dicha manera de ver es

inaceptable. Ha nacido de la innovación kantiana que coloca el problema gnoscológico en el centro de toda filosofía. Luego sus discípulos han proyectado este supuesto hacia el pasado y hacia el presente sobre la base de esta pretendida eternidad de la razón, que culmina en el siglo XIX, y hay quienes exaltan este principio hasta darle la dimensión de un dogma de fe. Sólo *Levi-Brühl* creyó ver en un principio que la «razón» de los «primitivos» era distinta de la de los civilizados; pero luego dijo que la «razón» de los primitivos era una especie de «prerrazón», es decir, un estado previo de desarrollo hacia la razón actual, que sería la verdadera y plenamente madura.

De aquí nace la tendencia a elaborar «historias de la filosofía», en las que con muy eruditos detalles y hábiles escamoteos, se trata de mostrar las diversas respuestas dadas al problema del conocimiento, creyendo buenamente que éste ha sido siempre una preocupación de todos los filósofos. Claro que tampoco olvidan otros problemas tratados por los filósofos pero siempre los relegan a un plano secundario y, casi siempre, derivado del primero. Las cosas andan bien en cierta época, sobre todo en el siglo XIX, pero ya de *Kant* hacia atrás surgen algunas dificultades. Desde luego, el problema del conocimiento, como lo hace ver *Heinsoeth*, no figura entre los principales de la metafísica occidental. Pues bien, dicen los eruditos, si la teoría del conocimiento no se halla *explícita* en esos autores se halla *implícita*. Y entonces se dedican a zurcir trozos y fragmentos entresacados de las diversas obras del autor que les preocupa, y así formulan lo que dicho autor ha «pensado sobre el pensar». A medida que se avanza las dificultades se hacen mayores. Ya en la Edad Media adquiere el carácter de un enigma y, en cuanto a los griegos, el problema no les preocupó sino muy raramente. Sin embargo, los eruditos no se dan por vencidos. Pesa sobre ellos esa desmesurada helenogilia que nos legó el Renacimiento, y como, por otra parte, no hay pueblo europeo que no se crea «heredero de los griegos, tratan de en-

contrar antecedentes de sus propias teorías en los helenos. Así, inventan, por decirlo así, la «teoría del conocimiento, según Aristóteles», según Platón, según Melisso, etc.

Pero una vez que se traspone el círculo de lo «europeo» (uso el término en su estricto sentido geográfico, pues en el cultural los griegos no tuvieron nada de «europeos»), se encuentra el erudito con ciertos raros personajes que unas veces fueron «teólogos», otras veces «estadistas», como *Kung-Tsé* o *Zoroastro*, quienes mediante extrañas paradojas tratan de comunicarnos su concepción del mundo. Al llegar a este punto, los eruditos, si fueran leales consigo mismos, tendrían que reconocer que hay diversas formas del «pensar», no sólo en cuanto se refiere al método sino también, y muy especialmente, en cuanto a la forma íntima de enfrentar los problemas. Pero no se resignan a ellos. Afirman que «esos, a quienes con estudiada resignación llaman «filósofos», o bien expresaron doctrinas secretas que no quisieron comunicar al vulgo a quien consideraban impuro, o que no fueron filósofos, sino moralistas o teólogos, que no perseguían un conocimiento «desinteresado». No han podido encontrar en ellos rastros de una «gnoseología», y creen, que por esto, no puede hablarse de filosofía. Y además—siguen sus razones—«la escasez de la fuente», la «sendencia de las redacciones posteriores a desfigurarlas y a hacer interpelaciones, etc.; todo esto no es sino un pretexto para ocultar su egocentrismo, que les impide comprender tranquilamente aquellas ideas. Siempre concluyen expresando que aquellos pueblos no eran aptos para la «filosofía», que todo lo que en ellos aparece, como tal no era desinteresado, pues miraba hacia fines de perfeccionamiento colectivo o era expresión de doctrinas teológicas, que «no admitían discusión». Y luego viene siempre una vigorosa conclusión, más o menos como esta: «Y es porque tan sólo los griegos y sus «herederos», los europeos, han comprendido la necesidad de un especular desinteresado sobre la esencia de las cosas, porque sólo en ellos se ha separado la

conciencia de la utilidad de lo conocido y su valor como tal. Por lo tanto, sólo ellos merecen ser considerados como filósofos, llamando así a aquellos que aman la sabiduría por sí misma, como muy bien lo dice la palabra misma «*philos-sephos*»...».

Tales modos de ver resultan erróneos. Ello queda patente si recurrimos a la siguiente curiosa experiencia. Imaginémosnos vivir en el año 8850. Supongamos que *ha desaparecido la civilización occidental*, y que sólo ha dejado algunos restos que algunos eruditos de aquel tiempo estudian con ahínco. Y entonces, un obtuso alumno universitario, basándose en algunas obras de aquéllos, hará un trabajo que leerá a sus compañeros de aula. Como todo buen universitario, dotado de espíritu científico, desarrollará en su trabajo un espíritu de fría imparcialidad e impecable objetividad. Veamos lo que dice:

\* \* \*

«Si hemos de remontarnos en el pasado tanto como sea posible, descubrimos, hacia 1600, en Europa, ciertas manifestaciones espirituales, que pudiéramos llamar «*filosóficas*», si aceptamos bajo este nombre todo especular sobre no importa qué cosas.

«Veamos primeramente la *cronología* de dicha filosofía. Según los trabajos de los autores más modernos que han tratado de penetrar en dicha zona de la historia, el florecimiento de la cultura occidental habría durado sólo cuatrocientos años. Sin embargo, los diversos tratadistas no se hallan de acuerdo acerca de las fechas. Todos, empero, coinciden en el hecho de que dicho ciclo cultural terminó bruscamente, antes del año 2000, época en la cual ésta que se llamaba así misma «*cultura occidental*», se suicidó tontamente por unos pocos pozos de petróleo agotados, por unas cuantas exhaustas minas de hulla y algunos puñados de oro. Las controversias se agudizan cuando se trata de fijar el comienzo de la filosofía occidental. Por

ejemplo, el célebre occidentalólogo P. M. sitúa esta fecha hacia 1600. Un joven erudito M. Z., en un trabajo reciente, cree que esta fecha debe remontarse mucho más hacia atrás, pues si un mérito tenían estos occidentales, era que dudaban de su originalidad, y se decían «herederos» de un famoso pueblo heleno, pueblo legendario del cual no han llegado rastros hasta nosotros. Observa M. Z. que los occidentales tenían la costumbre de saquear los pueblos antiguos y amontonar sus riquezas en grandes museos que visitaban los curiosos mediante pagos, cosa extraña en un pueblo que se decía desinteresado. Todos estos productos se perdieron con la catástrofe bélica que destruyó definitivamente la cultura occidental. Sin embargo, parece efectivo que antes que ellos existieron otros pueblos civilizados. P. M. ha refutado esta tesis diciendo que para los occidentales las cosas se consagraban cuando aparecían referidas a un pasado legendario, lo cual no sería explicado por el hecho de que los mismos occidentales se consideraban herederos de un pueblo llamado griego, que situaban en un país llamado Grecia, que hasta ahora no hemos podido localizar. Todo esto parece dar crédito a la «cronología corta» de P. M. y restar mérito a la «cronología larga», que propone M. Z. De modo que la supuesta hipótesis de la existencia de un pueblo griego, anterior a los occidentales, debe reconocerse hoy como falta de fundamento, como una invención de algunos occidentales para hacer valer sus doctrinas. Según K. T., que ha investigado a fondo estos problemas, los occidentales hacían partir su cronología desde el nacimiento del hijo de una virgen, el cual habría hecho una reforma religiosa de gran importancia. K. T. pone en duda la historicidad de este personaje, de quien no se poseen datos fidedignos. Parece que se trata de una invención más, pues los datos que nos proporcionan las diversas fuentes acerca de él son incompletos y sobre todo contradictorios. Algunas suponen que era «hijo de Dios», otras que era un hombre común, dotado de grandes virtudes, y otros, por fin, según afir-

ma un escritor llamado *Binet*, de cuya obra han llegado escasos fragmentos hasta nosotros, que era un demente. Por otra parte nos parece raro que una virgen haya podido tener un hijo, sin dejar de ser tal, como afirman esas fuentes. Los diversos fragmentos que hemos mencionado se hallan incluidos en la célebre «Colección de documentos para la historia del último siglo de la civilización occidental». Nosotros, de acuerdo con *P. M.* consideraremos el año 1600 como inicial.

«Veamos ahora *las fuentes*. Podemos dividir las en dos grandes secciones: I. Las escritas en idiomas latinos, que son confusas y dilatadas, que dicen en muchas palabras lo que se puede decir en pocas, alargando las ideas en aparatosas comparaciones que hacen muy difícil la comprensión del verdadero pensamiento del autor; y II, las escritas en idiomas germánicos, que padecen del defecto contrario, que quieren decir una gran cantidad de cosas en pocas palabras, lo cual también hace difícil su comprensión. La gran mayoría de las obras de los occidentales se ha perdido en medio de aquella gran guerra que acabó con su civilización, debido a la suma fragilidad del material en que estaban escritas. Asimismo se han perdido, por desgracia, las obras de los filósofos más importantes. Lo que conservamos de un pensamiento anterior a 1600, pertenece a comentaristas muy posteriores, por lo cual no puede ser tenido en cuenta, ya que hay muchas diferencias de interpretación entre ellos. Cabe aplicar aquí la hipótesis del célebre *P. M.*, quien dice que uno de los aspectos más característicos de los occidentales era su veneración del pasado, de ahí que para apoyar sus ideas muchos no vacilaban inventar personajes que en un tiempo remoto habían tenido ideas semejantes. Por esto, las fuentes deben ser sometidas para su utilización a una severa crítica de forma y de fondo, antes de su aceptación total.

«Intentemos ahora una *caracterización general de la filosofía occidental*, en su período clásico, el de los siglos XIX y XX. Algunos autores incluyen también el siglo XVIII. Lo más típico

de esta filosofía es su egocentrismo, esto es, que no hay autor que no tenga la pretensión de haber elaborado la última palabra de la filosofía. Esto fué muy típico en el siglo XIX. Pero ya en el siglo XX, después de una gran guerra europea, que duró varios años, esta desmesurada confianza en sí mismo del occidental decayó y se puso escéptico y desconfiado. Los occidentales creían en la prioridad de una cosa que llamaban «Razón», cuya naturaleza verdadera hasta ahora no hemos podido averiguar con precisión. Veamos lo que dicen los comentaristas actuales al respecto. T. S. dice que la razón era una fuerza cósmica adorada por los occidentales, especialmente durante los siglos XVIII y XIX. Esto le hace pensar en la existencia de una religión, cuya deidad sería la *Razón*, que habría sido practicada por ciertas sectas cerradas de sacerdotes, los cuales habrían escrito los escasos fragmentos de aquella época que han llegado hasta nosotros. Tenemos noticias de uno de ellos llamado *Kant*, que habría sido quien habría dado su fundamentación literaria a dicha religión. Sobre la efectiva existencia de este personaje no tenemos ningún otro dato fidedigno, sino sólo alusiones de comentaristas occidentales posteriores. P. M. dice que no ha existido. M. Z. nombra a cierto viajero llamado *Descartes*, quien ya habría elaborado una religión en este sentido. Z. N. basándose en un fragmento de un autor francés citado en un texto escolar llegado hasta nosotros, siguiendo ese texto dice así: «Para los occidentales la «Razón» era una fuerza divina, de la cual participaban todos los hombres en mayor o menor medida, especialmente unos hombres llamados sabios. Había hombres que carecían de razón, cosa que se repite en muchos fragmentos occidentales. . . Si consideramos—dice más adelante—que la razón era estimada como una fuerza divina, llegamos a la extraña conclusión de que el hombre occidental llegó a la locura de adorarse a sí mismo, pues ya—según aquel texto—el hombre lleva a Dios dentro de sí, y Dios es la razón. Según se desprende de esto, la razón sería una simple facultad



humana, como el sentimiento y la voluntad, y no tal fuerza divina. Hay aquí una grave contradicción, que podría explicarse aludiendo a una grave conmoción religiosa que hubo a fines del siglo XVIII, en la cual los sacerdotes de un Dios llamado de diversas maneras según los distintos idiomas, fueron desplazados por los sacerdotes de la razón». Esta religión racionalista habría terminado después de esa gran guerra que hubo en el siglo XX. Y recordemos también que el historiador de la occidentalidad, J. S. dice que la razón era una especie de diosa adorada en la Europa de entonces, ya que, por ejemplo, en algunos de los pactos internacionales que se han logrado conservar, e invoca a veces la razón, diciendo «en nombre de la razón, etc...».

«Los hombres que vivieron después de esa gran guerra perdieron la fe en la razón y en sí mismos. Tenían entonces la clara conciencia de que su civilización estaba en crisis, y hubo un autor que se preocupó de demostrar esta idea, de quien nos ha llegado un fragmento. Esto ocurría justamente en una época en que la cultura occidental había llegado a su mayor esplendor, en que había producido sus frutos más clásicos y sus mejores inventos. Es posible que este brillo haya sido meramente externo y que tan sólo algunos espíritus mejor dotados, como el autor de ese fragmento, se hayan dado cuenta de la decadencia interior:

«Pero los filósofos occidentales verdaderamente clásicos han vivido en los siglos XVIII y XIX. Todos nombran mucho a otros autores más antiguos, que habrían sido sus precursores. Entre ellos aparece un tal Maine de Birán, cuyas obras se han perdido y que es muy citado en las obras del siglo XX. También en un fragmento de una obra de un tal Landsberg se nombra a un cierto Platón, que habría sido un filósofo griego. Este personaje aparece rodeado de un halo legendario. Habría sido hijo de una mujer y un cisne, y la mujer habría permanecido virgen. Ante tal inconcebible contradicción,

creemos oportuno negar la existencia del tal Platón, que parece haber sido tan sólo un personaje mítico, en quien los filósofos occidentales encontraron antecedentes para sus teorías.

«Veamos ahora los objetivos de la filosofía occidental. Al filósofo occidental le importaba algo que él llamaba «el saber por el saber», esto es, que deseaba conocer las cosas por el mero afán de conocerlas. Esto se repite descomedidamente en los libros occidentales, especialmente en los tratados de divulgación, a los que eran muy aficionados.

Si examinamos las cosas más de cerca, comprobamos que en realidad no existe tal deseo de saber lo que las cosas son, ni tampoco, como ellos mismos lo proclamaban orgullosamente, saber para qué servían las cosas. Lo que empujaba a los llamados «filósofos» era saber como se sabía. En realidad, ellos eran desinteresados, aun cuando no lo quisieran, puesto que sólo querían conocer el saber, y el saber mismo de las cosas no les importaba. Dicho sea en otras palabras: no pensaba sobre las cosas, sino sobre el pensamiento acerca de las cosas. Su desinterés no era otra cosa que un absoluto desinterés por las cosas mismas. Pues, cuando se quiere saber se desean cosas, y, por otra parte, al que quiere conocer las cosas, no le importa el saber como las conoce; el saber mismo es para él un instrumento. De manera que al hombre occidental no le importaba el conocimiento del mundo, sino tan sólo el conocimiento de los medios para conocer el mundo. Esto no puede ser considerado como filosofía; sería lo mismo que si se llamase «biología» a la técnica para fabricar microscopios. Kant, según parece, escribió un tratado al respecto, en el cual, al parecer, planteaba este problema del conocer. Y Kant hablaba de una cosa llamada razón, mediante la cual se conocía. El hacía la revisión de la razón. ¿Qué era lo que se conocía? Eso no le importaba a ningún filósofo occidental. El quería averiguar como se sabía que A era A, o que A no era B, como puede verse en un fragmento de una obra de Kant, que T. S. considera

como lo más típico de la filosofía occidental. Los occidentales no querían nada, no perseguían nada. Tan sólo se entretenían en vanos juegos de palabras. Esta misma tendencia de los occidentales fué atacada por algunos escritores de su tiempo, y así un escritor de su tiempo llamado *Quarles*, nos confiesa lo siguiente, en el único fragmento de su obra que ha llegado hasta nosotros, acerca de la ciencia:

«Hasta hace poco, he de confesarlo, tomaba muy en serio el saber, la filosofía, la ciencia; todas las actividades que catalogamos con grandilocuencia bajo el título de «la investigación de la Verdad». Yo consideraba la Investigación de la Verdad como la más alta de las tareas humanas, y los Investigadores como los más nobles de los hombres. Pero hace aproximadamente un año comencé a ver que esta famosa Investigación de la Verdad era simplemente una diversión, una diversión como cualquier otra, un sustituto un tanto refinado y elaborado de la verdadera vida; y que los investigadores de la verdad devienen justamente tan idiotas, infantiles y corrompidos a su manera, como los borrachines, los estetas puros, los negociantes y los partidarios de la Buena Vida, a la suya. Me he dado cuenta también que la Investigación de la Verdad no es sino un nombre cortés para designar el pasatiempo favorito de los intelectuales: la sustitución de las complejidades vivientes de la realidad por simple, y de consiguiente, falsas abstracciones. Pues la búsqueda de la Verdad es mucho más fácil que el aprendizaje del vivir integral (en el cual, por supuesto, la Investigación de la Verdad tendrá su debido y proporcionado lugar entre las demás diversiones, como el juego de bolas, el golf, la buena mesa, etc. . . .)». Aquí se interrumpe el fragmento, que se halla publicado en la *Colección de documentos para el estudio de la filosofía occidental en su período de declinación*, del erudito e investigador V. Z. Urbópolis, 8845, 14 volúmenes, tomo XII, página 654.

«Veremos ahora la ciencia occidental. Esta tenía una parte

especulativa, pero toda ella venía a dar justamente en la fabricación y descubrimiento de medios para dominar el mundo. Y fué precisamente esta ciencia una de las responsables de la destrucción del mundo occidental, pues ella creó los terribles medios que acabaron con aquellos pueblos, como ser gases venenosos que, esparcidos desde gigantescos aparatos que navegaban en el aire, sembraban la muerte y la destrucción en las ciudades; extraños aparatos lanzados desde tubos largos que al caer estallaban y destruían todo lo que les estaba próximo, dejando tan sólo un hacinamiento de ruinas.

«La historia de los occidentales se dedicaba sólo a la búsqueda de medios que sirvieran para consagrar las cosas presentes, y siempre llegaban a la conclusión de que su tiempo era el mejor de todos los tiempos de la Humanidad, que todos los anteriores tiempos habían sido sólo caminos hacia él y que, después de ellos, que representaban la cumbre, la humanidad seguiría igual durante siglos y siglos.

Pero volvamos a *la filosofía*. Hagamos *su historia*, en la forma que nos la explican las fuentes. Ya vimos que el afán de esta filosofía era la búsqueda de medios de conocimiento. Veremos ahora como los occidentales, a través del desarrollo de su civilización, fueron considerando ciertos medios como más adecuados que otros. Parece que durante la primera época, o sea desde 1600 hasta 1800, el hombre occidental creía que las cosas podían conocerse especulando mentalmente y los diversos autores proponían distintos métodos para ello. Confírmase esto por un fragmento de un libro llamado «Discurso sobre el método», que ha llegado hasta nosotros en escasos fragmentos. Su autor es desconocido. La lectura de estos fragmentos confirma la hipótesis hoy sustentada por los más célebres occidentalólogos. En ese libro, al parecer se elogiaba a la llamada razón humana y una cosa llamada método.

«A principios del siglo XIX surgió la idea de que la pura especulación era inútil, y se recurrió entonces a una cosa llama-

da experiencia, que consistía en extraños juegos de manos y malabarismos con aparatos graduados que, a lo más, servían para hacer anotaciones estadísticas. Pero los especuladores puros no aceptaron esto. Como nadie atendía a los fines y sólo se preocupaban de los medios, puede decirse que toda la historia de la filosofía occidental es la historia de la discusión sobre los medios para llegar a ciertos fines. También cabe anotar que esa idea de la experiencia parece que fué más bien una religión, pues fué propuesta por una secta llamada positivista, que ha resumido sus ideas en llamado *Catecismo positivista*, citado en un fragmento de autor desconocido, que se halla en la antes citada colección, tomo XI, página 345. Este catecismo, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros, y es de lamentarlo, pues habría sido una fuente de primer orden para el conocimiento de la religión occidental, tan contradictorio en diversos aspectos.

«Así mismo hacia fines del siglo XIX y durante todo el período que sigue hasta la catástrofe que fulminó a la civilización occidental, predominó otro medio de conocer las cosas. Estas no habrían de conocerse mediante experimentos, ni tampoco con juegos de palabras. El hombre habría de ponerse en contacto directo con las cosas mediante una facultad llamada «intuición». Esta nueva doctrina fué tenazmente perseguida por los sacerdotes de la Razón, para quienes ella significaba—como se dice en un fragmento proveniente de ellos—«la disolución de todo vínculo con las cosas». Su primer propagador, cuyo nombre permanece aún ignorado, parece que acabó convirtiéndose a la religión racionalista. Sin embargo, tuvo numerosos discípulos que se encargaron de difundir sus ideas por todo el territorio de Europa, favoreciendo así la progresiva desintegración de la religión racionalista. Esto que he dicho es un resumen de las ideas del célebre historiador T. Z. que expone en su libro «*Cuadro sinóptico de los sistemas de conocimiento*»

durante el período de florecimiento de la civilización occidental». Urbópolis, 8828.

Resumamos lo dicho. Persecución de medios de conocimiento y no persecución de verdades. Son desinteresados en el sentido de que no persiguen fin alguno sino tan sólo simples medios; no quieren ver las cosas cual son, sino que dilapidan tontamente su fuerza creadora en la ideación de complicadísimas maquinarias para llegar hasta las cosas, y cuando han logrado obtener un medio para conocer el mundo creen haber conocido la esencia íntima del Universo. Es como afirmar que el conocimiento del telescopio fuera el conocimiento del universo estelar.

«Por fin, para terminar esta ya larga disertación, diremos que la cultura occidental fué una cultura de medios y técnicas complicadas para no importa qué cosas. Lo esencial para ellos era tener medios. Que los medios sirvieran para llegar a las cosas y obtener su satisfacción en ellas, eso no les interesaba. Simplemente querían tener un medio y nada más. Por esto, fué una cultura afilosófica y vacía, sin ideales de ninguna especie, sin fines supremos; una cultura que perdió lo mejor de su vida y de sus energías en esa vana búsqueda de maquinarias cada vez más perfectas, y que cuando llegó a emplear estas maquinarias que tan afanosamente había construído, éstas le sirvieron sólo para destruirse a sí mismos y para destruir la naturaleza; para crear una serie de problemas sociales y políticos, de los que ya nos dan noticia algunos escritores del siglo XX, uno de los cuales profetiza la esclavitud del hombre por la máquina. Esto que es típico de la cultura occidental en su conjunto, lo es también de su filosofía.

«La cultura occidental nos ofrece el raro ejemplo de una unidad interna, perfectamente consolidada, fundada sobre una base teológica que aun desconocemos, pero que las nuevas excavaciones nos permitirán conocer en detalle. Y para terminar, subrayemos las palabras de un escritor del siglo pasado, al re-

ferirse a la civilización occidental: «Dijérase, un viajero que queriendo saber como es Urbópolis y cuál es la psicología de sus habitantes se dedicaran a especular sobre los vehículos y los caminos que pueden conducir a Urbópolis».

\* \* \*

Este discurso del universitario nos hace ver la falsa perspectiva de la filosofía occidental a que se llegaría interpretando esta filosofía con los mismos elementos de juicio con que se valorizan los sistemas filosóficos no europeos.

Todos estos errores nacen de una falsa y unilateral interpretación de los problemas filosóficos, que ha erigido a la teoría del conocimiento en el problema capital de toda filosofía. Si Kant recalcó la importancia de una teoría del conocimiento, que respondiera a los hechos, fué porque comprendió que era necesaria para llegar a una aprehensión de la realidad más adecuada. Sin embargo, lo que era *un simple medio* ha sido convertido en *fin en sí mismo* por algunos obtusos imitadores. Han partido de la falsa suposición de una igualdad y estabilidad de la razón a través de todos los tiempos y lugares, distinguiendo cuando mucho pequeñas diferencias de grado que corresponderían a distintos estados de civilización. Es singular constatar que estos mismos que creen en una igualdad de la razón, admiten que la voluntad y el conocimiento varían en sumo grado de uno a otro individuo. ¿Cómo se concilia esta yuxtaposición de una razón inmutable, universal y eternamente idéntica, con esas otras dos formas de la vida psíquica variables en sumo grado, si la vida psíquica es —como ellos mismos admiten— una unidad?

Hoy, empero, puede decirse que ya se ha superado este punto de vista tan inconsistente y falto de sentido, y se han hecho varios ensayos serios tendientes a lograr una más ecuánime comprensión de la filosofía no occidental. Así tenemos los

trabajos de Wilhelm, de Franke, de Deussen, etc. Esto dicho sea de paso, ha alarmado a los racionalistas, quienes claman contra la «invasión lenta» del Occidente por el Oriente, y los diversos países, por medio de sus respectivos «filósofos», se acusan unos a otros de estar «orientalizando» el mundo occidental.

Sábese ya que el hombre no es el mismo en todas partes, que la llamada «razón varía grandemente de un lugar a otro. Esto es lo que Levy Brühl entrevió confusamente, idea que no desarrolló completamente. Su sugestión, aunque rudimentaria, ha sido fecunda en alto grado para aquellos que supieron comprender su verdadero valor. El hombre es *distinto* en uno y otro lugar. Siempre se halla codeterminado por una multitud de factores sociológicos, psicológicos y telúricos, por lo cual sería faltar a la plena objetividad reducir todos los tipos a uno o aceptar la preeminencia de uno sobre los otros.

El hecho de que el hombre sea distinto de un lugar a otro y de una a otra época, hace que su forma de concebir el mundo sea distinta y que varíen sus modos de pensar, todo lo cual obliga a sustituir nuestra habitual manera de considerar los hombres extraños a nosotros y sus productos culturales por otra más comprensiva. No puede negarse, empero, que aprehender en su perfecta puridad un pensamiento extraño es casi imposible, ya que sus conceptos deben trasladarse a nuestras propias categorías occidentales, que expresan un muy diferente contenido de vivencia; por esto no podemos llegar a identificarnos con los espíritus que crearon aquellos productos culturales. De todos modos, ello no justifica en modo alguno la negación del carácter de filosofía al pensamiento no occidental, ni menos aun el desdén de los filisteos de la cultura hacia él. Lo que sucede es que los problemas de esa filosofía, por esto mismo, *no son idénticos a los nuestros*. A un pensador como Lao-Tsé nunca se le hubiera ocurrido ponerse a pensar sobre el pensar, sino que, en



cambio, se ocupa del *Tao* o Sentido, principio interno, animador de todas las cosas y ajeno al mundo externo.

Otra cosa que se olvida frecuentemente al hacer historia de la filosofía es la estrecha relación que existe entre todas las formas de la vida histórica con la filosofía. Cuando mucho, e hipócritamente se hace un ligero bosquejo de los acontecimientos políticos más externos de la época objeto de estudio, y, en el mejor de los casos, se cita, a título de dato curioso, los nombres de algunos artistas o escritores coetáneos de los filósofos. Nunca, empero, se investiga la relación orgánica que existe entre todos estos elementos. Por ejemplo, al hacer la historia del racionalismo filosófico no debe perderse de vista la vida histórica de los siglos XVII y XVIII, que tendía en todos sus aspectos a la creación de formas perfectas, armoniosas, plenamente acabadas. A esta manera de ver las cosas, los espíritus superficiales, incapaces de ir más allá de la mera constatación de los hechos llaman «subjetividad», como si la objetividad consistiera tan sólo en la verificación de los hechos externos. Muy atinadamente ha dicho Nietzsche: *«Esos historiadores ingenuos llaman objetividad al hecho de medir las acciones y actos del pasado con el criterio de la mayoría de los hombres actuales; en éste encuentran el canon de toda verdad y su trabajo consiste en acomodar la grandeza del pasado a la trivialidad del presente. En cambio, llaman subjetivo a todo historiador que se niega a conceder un valor canónico a esas opiniones populares»*.

Esa actitud corriente en los historiadores de la filosofía, se explica fácilmente, haciendo notar en ellos su carácter sistemático, su aferramiento fanático a una escuela filosófica dada, que usan como escala común de todos los valores filosóficos. Y agréguese a ello su falta del más elemental sentido histórico y de la necesaria ubicuidad mental para captar aquellas relaciones internas.

Demos un ejemplo. Se dice que Kung-Tsé fué un moralista chino del siglo V a. J. C., pero que no fué un «filósofo». Si

no fué lo segundo no puede ser lo primero, ya que los problemas morales son problemas filosóficos. Kung-Tsé, contrariamente a lo que creen esos «filósofos», fué un pensador de cuño original. Vivió en una época de lucha, durante la cual China se desgarraba bajo la creciente tensión de las oposiciones políticas y sociales; una época de la cual se disolvía con celeridad todo el antiguo estado de cosas de la cultura china tradicional; en una palabra, una época en que en muchos aspectos es semejante a la nuestra. Kung-Tsé, opuestamente a lo que habría hecho un «filósofo actual, trató de encontrar las vías para un posible mejoramiento de la situación—así como Platón en su tiempo—escudriñando el pasado de su cultura, en el cual creía hallar esos medios de perfeccionamiento. Sobre todo, tuvo una plena conciencia de su época—cosa rara en los filósofos actuales pudiendo considerársele como símbolo y encarnación de ella. Igual conciencia de su presente tuvo su contemporáneo Lao-Tsé, quien, más certero en sus intuiciones, vió que aquellas cosas no podían cambiarse desde fuera, ya que era necesario lo que iba suceder, pues venía determinado desde antes. Esto mismo lo había visto Kung-Tsé, cuando dijo en su *«Libro de las Mutaciones»*; *«Si se pisa rocío, es que el hielo no está lejos»*. Y más claramente todavía en otro pasaje: *«Que los criados asesinan a sus amos y los hijos a sus padres, no es el resultado de una mañana ni de una tarde, sino cosa que ha ido viniendo poco a poco. Y la causa es no haber advertido a tiempo el movimiento que a ello conducía»*. En esta frase hasta podría encontrarse un atisbo de filosofía de la historia. El moralismo de Kung-Tsé estuvo condicionado por los acontecimientos que le tocó vivir, lo cual, no obstante, no le impidió dedicarse a una «especulación desinteresada». La alta conciencia de su presente le hace antipático para los sistemáticos actuales, en quienes dicha conciencia existe sólo por excepción. Esto nos demuestra que Kung-Tsé fué un producto necesario de su tiempo, no en el sentido de que existiera entre los sucesos de aquel tiempo y su filosofía

una relación de causa a efecto, sino que forzosamente ese tipo de sucesos dentro del ámbito cultural chino, debía llevar implicado a una personalidad de su especie.

La filosofía es siempre el producto de una época, y no una especulación hecha de espaldas a toda realidad profunda. La filosofía es el medio de que se sirve una cultura que ha llegado a su madurez para expresar su concepción del mundo, del mismo modo que una cultura juvenil lo hace religiosamente. Cabe hacer notar aquí que el abismo que los sistemáticos abren entre filosofía y religión no es tan grande como parece a primera vista, y que hay entre ellas bastante más puntos de contacto de lo que creen aquéllos.

La filosofía debe concebirse, pues, como un producto cultural. Puesto que los hombres de las diversas épocas y medios son diferentes, es forzoso que les preocupen distintos problemas. Y, por otra parte, a través del desarrollo de una misma cultura varían mucho los problemas filosóficos a considerar. Así, por ejemplo, en la Edad Media, fueron problemas de la metafísica occidental la relación entre Dios y el hombre, el alma y Dios, el mundo y el hombre, etc.; durante la época llamada «moderna» uno de los problemas principales fué el gnoseológico, y en la actualidad, el problema capital de la filosofía es el problema del hombre, el problema de la existencia como tal existencia en función.

Se hace necesario, por consiguiente, considerar la posición del hombre ante el mundo. Por esto mismo, pues, es urgente prescindir de la perspectiva actual para considerar al hombre de otras épocas. Aquí tiene plena vigencia el *perspectivismo*, aquella manera de mirar las cosas que contempla a cada elemento histórico o cultural desde *sus propios supuestos*. El historiador de la filosofía, más que nadie, está obligado a adaptar su espíritu a los supuestos que informan los distintos planos filosóficos por los que varodando su mirada, sobre todo cuando

quiere ser consecuente consigo mismo en aquello de que la filosofía «es una libre especulación sobre la esencia de las cosas».

Se ha dicho también que el historiador de la filosofía debe ser filósofo, porque ello—según se supone—le permitiría comprender mejor los sistemas antiguos. Esta idea aparece poco clara y hay que hacer varias salvedades al respecto. Por lo general, el filósofo sólo acepta buenamente a aquellos espíritus que le son afines y niega a los que no lo son. De aquí que los verdaderos filósofos conscientes de sí mismos no hayan hecho nunca «historia de la filosofía».

El historiador de la filosofía debe ser un hombre dotado de profundo sentido histórico, de una gran ubicuidad que le permita captar ecuánimemente los valores inherentes a cada sistema filosófico, a fin de proporcionarnos las auténticas directrices de los diversos estudios del desarrollo del pensamiento a través de la historia.

Así, pues, la auténtica historia de la filosofía no ha de consistir nunca en un inorgánico catálogo de filósofos, con mención de las soluciones que han dado a los «eternos problemas», que, en realidad, no son otra cosa que *nuestros propios problemas*, proyectados hacia el pasado.

Sólo en este sentido será posible desarrollar una historia de la filosofía verdaderamente objetiva.